

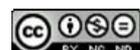
**María Lía Munilla Lacasa. *Celebrar y gobernar. Un estudio de las fiestas cívicas en Buenos Aires, 1810-1835.***  
**Buenos Aires, Miño y Dávila, 2013, 295 páginas**

En una visión de panorama, al menos dos son los motivos por los cuales vale la pena leer este libro desde el ámbito de las letras: nos acerca a un espacio muchas veces vinculado y ciertamente apreciado, como lo es el de las imágenes, la ciudad y la representación visual —en este caso en una perspectiva historiográfica y de historia del arte durante el temprano XIX rioplatense—, por una parte, y, por otra, *Celebrar y gobernar* posiciona de modo central el acontecer de las fiestas y las celebraciones: se trata de un trabajo sobre uno de los tópicos de la representación literaria más asediados, de mayor conocimiento y portadores, paradójicamente, de un misterio cercado, desde las lejanas bodas de Caná o aquellas fiestas de sombras celebradas en Elsinor que tanto nos han atormentado y conmovido.

En el marco de las discusiones teóricas en torno a la representación de la imagen y a la lectura de los elementos figurativos, los estudios críticos y literarios se han nutrido extensamente de otros debates: la inquietud que suscita la figuración como documento historiográfico, la relación entre un corpus gráfico y documentos de carácter escrito, el tratamiento de la imagen, la forma de abordar el objeto, los instrumentos que nos sirven para leer una convención de época, un rasgo de estilo, un imaginario, han estado y están vivos en un amplio arco de investigaciones historiográficas, reflexiones teóricas e instancias de la teoría del discurso, las teorías del arte, la semiótica. Un ejemplo paradigmático es la figura, sin duda excéntrica, de AbyWarburg y su tremenda biblioteca. Otros nombres, un poco al azar, son Carlo Ginzburg o Sergei Gruzinski. Por supuesto, es imposible no mencionar a Barthes, a Sontag, a John Berger. Y, con respecto a las fiestas y a la celebración, un nombre propio insoslayable, el de Mijail Bajtin, ha puesto sobre la mesa la discusión acerca del carnaval, lo popular, la inversión del orden, la celebración de la muerte.

Hasta aquí, decimos que el libro de Munilla se encuadra en una línea de intereses teóricos generales que nos atraen. Ahora, la curiosidad es saciada en cierta microscopía del acontecer, en lo que a la relación entre el estudio de lo figurativo y la política, la cultura y lo histórico respecta en el ámbito de la Revolución de Mayo, la “Feliz experiencia” y el primer Juan Manuel de Rosas en el Río de la Plata, aspectos que hacen del volumen un hito para celebrar, precisamente, entre nosotros. María Lía Munilla Lacasa recorta y profundiza un objeto, el de las fiestas cívicas, escasamente abordado, cuyo estudio puede insertarse en una serie de publicaciones que se han preocupado por pensar, en los últimos años, los problemas de la representación (Jorge Myers, por citar uno) y, referidos a la imagen, los de José Emilio Burucúa, maestro inefable en este terreno. Precisamente, Burucúa es quien ha dirigido el nudo inicial de este precioso libro de Munilla Lacasa, una tesis doctoral. Sin duda, se advierte el delicado equilibrio entre erudición y sensibilidad estética que ambos estudiosos comparten y el común interés por pensar diversas instancias en el arte argentino, en especial, ese arte ¿menor?, ¿marginal?, ¿atípico? que se da en nuestro siglo XIX, el llamado arte efímero.

El objetivo general del libro es, entonces, estudiar el papel que desempeñaron las fiestas político-conmemorativas en Buenos Aires en tanto herramientas destacadas en la construcción de la nación durante el período comprendido entre el estallido de la Revolución de Mayo hasta la segunda asunción de Juan Manuel de Rosas a la gobernación de la provincia en 1835. Durante este lapso, las



fiestas cívicas actuaron como componentes esenciales de la política pedagógica y propagandística del poder político.

### **Escena I: celebrar la ruptura, instaurar un nuevo orden**

Cuando Martín Fierro recuerda su vida anterior a la frontera señala un tiempo, el de la vida cotidiana, y dos ritmos: la regularidad de horarios, tareas y hábitos de lo diario y los días de fiesta, de la yerra, en los que se sustituye simbólicamente el mate por la ginebra y la verticalidad por el beso horizontal y comunitario del patrón y el peón a la “mamajuana”. Esos dos ritmos de la vida marcan un compás repetido en todas las sociedades y tiempos; desde el Renacimiento, lo sacro y lo profano se erigieron en excusas de las “maquinarias espectaculares” que construyeron las cortes europeas para las fiestas. Con las revoluciones adquieren un nuevo matiz, el de celebrar las rupturas y promover la propaganda de las nuevas ideas: “Mezcla de genuino entusiasmo y manipulación de las autoridades — nos dice la autora—, las fiestas contribuyeron también a forjar los espacios de las naciones modernas”.

A lo largo de los dos primeros capítulos, Munilla Lacasa desarrolla este momento mostrando una serie de rupturas y continuidades en el plano de las fuertes modalidades que las celebraciones religiosas coloniales habían tenido en la América española y los problemas, reordenamientos y definiciones que suscita el ceremonial como modelador de la imagen del poder. En efecto, para celebrar episodios cívicos y triunfos militares, como la Reconquista y Defensa de Buenos Aires, festejos, por otra parte, en los que por primera vez se producía un giro al celebrar un acontecimiento local y reciente, se estableció una relación de préstamos entre los rituales religiosos tradicionales y estas fiestas cívicas. Por otro lado, con el estallido revolucionario, las fiestas formaron parte del repertorio de elementos simbólicos y materiales de los que dispusieron los sucesivos gobiernos para legitimar sus situaciones concretas.

### **Escena II: la celebración rivadaviana**

En los capítulos III y IV Munilla Lacasa se detiene en el análisis de las fiestas cívicas durante el período rivadaviano, época en la que, a grandes rasgos, se gozó de una relativa estabilidad política que permitió imaginar y concretar hasta cierto punto los elementos celebratorios. Dentro de los nuevos estudios referidos a este intenso momento del temprano siglo XIX rioplatense, la autora inserta una doble perspectiva: por una parte, mostrar cómo se van dando esos espacios de celebración y, por la otra, la “trastienda”, como ella misma lo denomina, de todo ese proceso.

Si el infausto año 20 resulta emblemático por el grado de conflicto que se da en la provincia de Buenos Aires y en su relación con la Unión, 1822 será otro tanto; ya en el entorno de aquella “Feliz experiencia”, los consensos sustanciados anteriormente presentarán rupturas —una muestra de ello es la furibunda pluma del padre Castañeda frente a los embates anticlericales del ministro de Martín Rodríguez, Bernardino Rivadavia—. Para contrarrestar las voces opositoras y para sostener las políticas propias, el gobierno provincial se expresará también mediante la prensa y la repercusión de las celebraciones, en las que, ofrendando memoria al pasado se procurará acentuar el presente. Munilla Lacasa lee principalmente en el *Argos de Buenos Aires* a lo largo de ese año 22, cómo se fue dando la cobertura que la prensa dio a los festivales políticos que conmemoraban la gesta de mayo, cuáles resultan ser las inquietudes de esa prensa (qué les interesa relevar de los programas festivos, lo artístico, cómo expresan el tipo de imágenes y recursos visuales que se utilizaron y, muy importante, cuáles fueron los mensajes a transmitir a través de ellos, qué tipo de destinatario configuraron esas fiestas y cómo fueron decodificadas por éstos).

### **Escena III: de mayo a julio**

El estudio de Munilla Lacasa contribuye a refrendar cierta idea respecto de cómo el discurso de Rosas presenta signos de republicanismo y americanismo. Aquí se ve, en las construcciones de las fiestas cívicas este viraje, por demás importante para consolidar el poder de Rosas y para instaurar una dicotomía que ha perdurado hasta nuestros días. Así, afirma la autora, “arquitecturas, escenografías,

pinturas, comparsas y cuerpos escultóricos, no eran mera decoración sino la encarnación de una forma discursiva privilegiada del programa simbólico oficial”.

En este contexto resulta insoslayable la referencia al arquitecto reggiano Carlo Zucchi, reconocido y estudiado en los últimos veinte años gracias al descubrimiento, en Emilia Reggio, de su archivo, consistente no sólo en documentación escrita sino en materiales visuales, proyectos arquitectónicos, arte efímero, etc. En 1998, Munilla Lacasa junto con el arquitecto Fernando Aliata ya había publicado un volumen colectivo en el que se comenzaba a indagar en la figura de Zucchi y los avatares del neoclasicismo en el Plata; en 1999, se publicó un importantísimo texto a cargo de Gino Badini con la compilación de la correspondencia entre Carlo Zucchi y otros connacionales; Aliata ha dirigido un volumen —en el que participa Munilla Lacasa desde luego— en el que se toman aspectos puntuales de la vida y obra de Zucchi (2007); desde las letras apareció mi estudio sobre la figura de Zucchi en tanto “letrado” en aquella correspondencia (2012) y ahora Munilla Lacasa examina el proceso de las fiestas cívicas desde una perspectiva tan reveladora como apasionante. Esta enumeración incompleta quiere explicitar el interés que ha suscitado el archivo Zucchi en poco tiempo y la riqueza que contiene por las múltiples aristas a las que da lugar y porque permite explorar con nuevos ojos y nuevas fuentes un momento central de las artes, las letras y la historia rioplatense.

En los últimos capítulos, la autora se detiene minuciosamente en toda la intervención de Zucchi y de otros actores. Destaco dos aspectos. Uno, el análisis de la participación de Zucchi en los funerales de Dorrego y la puesta en juego de los intereses rosistas. El ornato, ese modo de exornar la muerte tan en sintonía con una sensibilidad latina —decía DUBY—, permite percibir aquellos aspectos formativos que, más allá de papeles y certificados, tornean la perspectiva del ingeniero arquitecto reggiano y la de su patrón, Juan Manuel de Rosas, y aún la de todos sus contemporáneos. Porque, señala Munilla Lacasa, si bien no es nueva la exhibición de magnificencia en las honras fúnebres ya que en la colonia se utilizaba para los grandes hombres este tipo de honras en que la muerte no dejaba de ser una pasión barroca, el influjo de la tradición francesa y la memoria de los grandes hombres ilustres se halla presente en un cambio de percepción: “Desde el siglo XVIII, la creencia cristiana de una vida después de la muerte había comenzado a debilitarse frente a la noción, cada vez más fuerte, de la inmortalidad merecida por medio de una actuación destacada en la historia. Fue esta idea la que informó la propuesta de convertir la iglesia de Santa Genoveva en un hito donde rendir culto a los héroes, los “nuevos santos” seculares de las “nuevas catedrales” de las virtudes cívicas” (217). Estas observaciones dan por tierra con ciertos esquematismos divulgados acerca de este momento. Munilla Lacasa muestra eficazmente la complejidad estética y política del rosismo, de su aparato de propaganda y de sus relaciones con las tradiciones precedentes y los aires de la contemporaneidad.

Hay otro elemento más que quisiera resaltar. Munilla parece *estar ahí*, como aquel sujeto testifical que proponía Clifford Geertz: un testigo entre la gente, mostrando a través de sus ojos y de su comprensión cómo se fueron dando esas fiestas, qué pasaba en las calles y las acciones —contrataciones, presupuestos, vínculos personales, modalidades estéticas, intervención de los “gremios”, formas de pago, etc.— que llevaban a erigir una pirámide, a definir las inscripciones que ésta portara, la orientación, el tamaño de los monumentos efímeros, es decir, aquello material que expresa un mundo variopinto de tensiones, acuerdos, disputas y sensibilidades. Pero además la autora contrasta las fuentes para poner en un lugar determinado las palabras de testigos tan significativos como Beruti o Ignacio Nuñez. Como en “Las babas del diablo”, esas autobiografías, memorias y relatos de viajes dejan fuera de su campo de visión y de registro aspectos que justamente Munilla Lacasa recupera con el estudio de materiales visuales y documentales que pueden leerse aquí.

Las fiestas cívicas, nacidas en la zona problemática de inicios del XIX, tendrán una historia a seguir a lo largo de los siglos XIX, XX y XXI y las contingencias de las épocas intervendrán, a la par de los tonos que proponen las nuevas sensibilidades estéticas, en sus respectivos dispositivos de concreción. Este estudio nos aproxima de un modo imprescindible a aquellos primeros momentos de celebración, de luces y sombras, de ecos y palabras.

**Rosalía Baltar**